

de provocado, y siempre con las salvas de: *según me parece; yo no tengo inteligencia; dicen; he oído asegurar, etc.*; pero ya no hablé con arrogancia como al medio día: ya se ve, tal me tenía de acobardado el sermón que me espetó el vicario en mis bigotes. ¡Oh, cuánto aprovecha una lección á tiempo!

Se alzó la mesa, y mi buen amigo Juan Largo, dirigiendo á mí la palabra, comenzó á desahogar su genio bufón, lo mismo que yo me había pensado. —¿Conque, Periquillo, me dijo, las cometas son una cosa á modo de trompetas? ¡Vamos, que tú has quedado lucido en el acto del medio día! ¡Sí, ya sé tus gracias: no sabía yo que tenía por condiscípulo un tan buen físico como tú y á más de físico, astrónomo. Seguramente que con el tiempo serás el mejor almanaquero del reino. A hombre que sabe tanto de cometas ¿qué cosa se le podrá ocultar de todos los astros habidos y por haber? — Las mujeres, como casi siempre obran según lo que primero advierten, y en esta rechifla no veían otra cosa que una burleta, comenzaron á reir y á verme más de lo que yo quería; pero el padre vicario, que ya me amaba y conocía mi vergüenza, procuró libertarme de aquel chasco, y dijo á don Martín (que ya dije era dueño de la hacienda): —¿Conque pasado mañana tiene usted eclipse de sol? — Sí, señor, dijo don Martín, y estoy tamañito. —¿Por qué? preguntó el vicario. — ¿Cómo por qué? dijo el amo;

porque los *eclises* son el diablo. Ahora dos años, me acordaré que estaba ya viniéndose mi trigo, y por el maldito *eclis* nació todo chupado y ruincísimo, y no sólo, sino que toda la cría del ganado que nació en aquellos días se maleó y se murió la mayor parte. Vea usted si con razón les tengo tanto miedo á los *eclises*.—Amigo don Martín, dijo el vicario, yo creo que no es tan bravo el león como lo pintan; quiero decir, que no son los pobres eclipses tan perversos como usted los supone.—¿Cómo no, padre? dijo don Martín. Usted sabrá mucho, pero tengo mucha *esperencia*, y ya ve que la *esperencia* es madre de la *cencia*. No hay duda, los *eclises* son muy dañinos á las sementeras, á los ganados, á la *salú* y hasta á las mujeres preñadas. *Ora* cinco años me acordaré que estaba en cinta mi mujer, y no lo ha de creer, pues hubo *eclis* y nació mi hijo Polinario *tencuitas*.—¿Pero por qué fué esa desgracia? preguntó el cura.—¿Cómo por qué, señor? dijo don Martín; porque se lo comió el *eclis*.—No se engañe usted, dijo el vicario; el eclipse es muy hombre de bien, á nadie se come ni perjudica, y si no, que lo diga don Enero. ¿Qué dice usted, señor bachiller?—No hay remedio, contestó lleno de satisfacción, porque le habían tomado su parecer: no, no hay remedio, decía: el eclipse no puede comer la carne de las criaturas encerradas en el vientre de sus madres; pero sí puede dañarlas por su maligna influen-

cia, y hacer que nazcan *tencuas* ó corcovadas, y mucho mejor puede con la misma malignidad matar las crías y chuparse el trigo, según ha dicho mi tío, atestiguan- do con la experiencia, y ya ve usted, padre mío, que *quod ab experientia patet non indiget probatione*. Esto es; no necesita de prueba lo que ya ha manifestado la experiencia.

—No me admiro, dijo el padre, que su tío de usted piense de esa manera, porque no tiene motivo para otra cosa; pero me hace mucha fuerza oír producirse de igual modo á un señor colegial. Según eso, dígame usted, ¿qué son los eclipses?—Yo creo, dijo Enero, que son aquellos choques que tiene el sol y luna, en los que uno ú otro salen perdiendo siempre conforme es la fuerza del que vence: si vence el sol, el eclipse es de la luna, y si vence ésta, se eclipsa el sol. Hasta aquí no tiene duda; porque mirando el eclipse en una bandeja de agua, materialmente se ve cómo pelea el sol con la luna; y se advierte lo que uno ú otro se comen en la lucha; y si tienen virtud estos dos cuerpos para hacerse tanto daño, siendo solidísimos, ¿cómo no podrán dañar á las tiernas semillas y á las débiles criaturas del mundo?—Eso es lo que yo digo, repuso el bueno de don Martín: vea usted, padre, si digo bien ó mal. No hay que hacer, mi sobrino es muy *sabido*: *ansí mesmo* según y cómo él explica el *eclis*, lo explicaba su padre, mi difunto

hermano, que era hombre de muchas letras, y allá en la Huasteca, nuestra tierra, decían todos que era un pozo de *cencia*. ¡Ah, mi hermano! si él viviera ¡qué gusto tuviera de ver á su hijo Januarito tan adelantado!—No mucho, aunque me perdone, dijo el vicario; porque el señor no entiende palabra de cuanto ha dicho; antes es un blasfemo filosófico. ¿Qué pleitos, qué choques, influencias fatales ni malditas quiere usted que produzcan los eclipses? Sepa usted, señor don Martín, que el mayor eclipse no le puede hacer á usted ni á sus siembras, ni ganado, más daño que quitarles una poca de luz por un rato. No hay tal pleito del sol y la luna, ni tales faramallas. ¿Se pudiera usted pelear de manos desde aquí con uno que estuviera en México?—Ya se ve que no, dijo don Martín.—Pues lo propio sucede al sol respecto de la luna, prosiguió el vicario; porque dista un astro de otro muchísimas leguas.—Pues en resumidas cuentas, preguntó don Martín, ¿qué es *eclis*?—No es otra cosa, respondió el padre vicario, que la interposición de la luna entre nuestra vista y el sol, y entonces se llama eclipse de sol, ó la interposición de la tierra entre la luna y el sol, y entonces se dice eclipse de luna.

—¿Ya ve usted todo eso? dijo el payo, pues no lo entiendo.—Pues yo haré que lo perciba usted clarísimamente, dijo el padre: Sepa usted que siempre que un

cuerpo opaco se opone entre nuestra vista y un cuerpo luminoso, el opaco nos embaraza ver aquella porción de luz que cubre con su disco.—Agora lo entiendo menos, decía don Martín.—Pues me ha de entender usted, replicó el padre. Si usted pone su mano enfrente de sus ojos y la luz de la vela, claro es que no verá la llama.—Eso sí entiendo.—Pues ya entendió usted el eclipse.—¿Es posible, padre, decía don Martín muy admirado, es posible que tan poco tienen que entender los *eclises*?—Sí, amigo mío, decía el vicario. Lo que sucede es, que como su mano de usted es mayor que la llama de la vela, siempre que la ponga frente de ella la tapará toda y hará un eclipse total; pero si la pone frente de una luminaria de leña, seguramente no la tapará toda sino un pedazo; porque la luminaria es más grande que la mano de usted, y entonces puede usted decir que hizo un eclipse parcial, esto es, que tapó una parte de la llama de la luminaria. ¿Lo entiende usted?—Y muy bien, respondió el payo. Pero ¿qué tan fácilmente *ansí* se entienden los *eclises* del sol y de la luna?—Sí, señor, dijo el padre. Ya dije á usted que el sol está muchas leguas distante de la luna; es mucho mayor que ella, lo mismo que la luminaria es mucho más grande que su mano de usted, y así cuando la luna pasa por entre el sol y nuestros ojos, tapa un pedazo de éste, que es lo que no vemos; y lo que al señor